

CON BUENAS PALABRAS

LA LITERATURA Y LA HISTORIA EN EL ESTUDIO DE AMÉRICA



JOSÉ LUIS DE ROJAS
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

RESUMEN: EN EL TEXTO SE PRESENTAN DIVERSAS REFLEXIONES SOBRE LAS RELACIONES ENTRE LA LITERATURA Y LA HISTORIA, ESPECIALMENTE EL USO COMO FUENTE QUE EL HISTORIADOR PUEDE HACER DE LAS OBRAS LITERARIAS, SOBRE TODO CUANDO NO HAY OTRAS FUENTES DISPONIBLES O ÉSTAS OFRECEN UN TIPO DE INFORMACIÓN DIFERENTE.

PALABRAS CLAVE: historia, literatura, fuentes, documentación.

KEY-WORDS: history, literature, sources, documents.

ABSTRACT: In this paper we present several considerations about the relations between literature and history, specially the use of literary works as source by the historian, mainly when there are no other sources available or they bring another tipe of information.

I PLANTEAMIENTO

Hace ya muchos años –unos veinte–, cuando estábamos vaciando información sobre salarios de trabajadores de una fábrica barcelonesa en el *Arxiu de Catalunya*, un amigo que se dedica a la Historia Contemporánea de España me comentaba que en ningún documento se menciona qué hacían los trabajadores cuando acababan la jornada, pero que la existencia de las tabernas nos daban una buena pista de lo que ocurría, así como lo hacen las pautas de comportamiento actuales. Estuvimos de acuerdo en que la documentación tradicional era una gran laguna en temas como éste, pero que había otras evidencias que no había que desdeñar, y para el caso que nos ocupaba, una de ellas era don Benito Pérez Galdós.

Algunos años más tarde, el Dr. Alfredo Jiménez dio una conferencia en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid y allí volví a entrar en contacto –académico en este caso– con el tema que nos ocupa. El siguiente eslabón, que se adelanta a la siguiente aparición de don Alfredo, es la aparición del libro de Amando de Miguel: *La España de nuestros abuelos* (1995) en el que las fuentes para reconstruir la vida diaria eran las novelas de la época. Y de nuevo Alfredo Jiménez, como conductor a los libros editados por Manuel de la Fuente en la Universidad de Córdoba: *Etnoliteratura. Un nuevo método de análisis en Antropología* (1994) y *Etnoliteratura: una antropología de ¿lo imaginario?* (1997).

Sociología y antropología, para acercarnos a la historia; a una historia que tiene mucho de ellas. Y la vida diaria de hoy día: Tomás abre su bar a última hora de la mañana y a la caída de la tarde, y nada más entre semana. Sólo un rato, el suficiente para que quienes salen de trabajar tomen algo. Hace años no abría cuando había fútbol en la televisión, pero imagino que ha debido de variar algo o no abrir casi nunca. Y cuando se acaban los pinchos –¡las anchoas!– se cierra y punto. Por cierto, la tasca es de estilo tradicional.

¿Por qué acudir a la literatura para encontrar datos? El primer impulso viene dado por la necesidad: hay cosas que los documentos no mencionan, sobre todo las referentes a la vida diaria. Cuando ésta no interesaba a los historiadores, no existía este problema, pero en cuanto por diversos caminos –y con distintos nombres– muchos historiadores están interesados en el día a día del pasado, las carencias de nuestras fuentes habituales nos obligan a volver la vista hacia otro lado. Y gracias a ello encontramos una mina, que no un surtido de sucedáneos. Claro que esa apreciación no nos exime de realizar la crítica habitual. Es a esas precauciones a las que quiero aludir en este trabajo, junto a algunos ejemplos de lo que podemos encontrar.

Los sociólogos pertenecemos a un extravagante conjunto de profesiones tales como sacerdotes, médicos, policías, jueces o inspectores de Hacienda. Una cosa tienen en común todos ellos: tratan de aproximarse a la verdad de los hechos sobre la base de la versión que de los mismos dan los interesados. Es de-

cir, deben separar el grano de la realidad de la paja retórica, cuando no de las ocultaciones o las simples mentiras. Todos ellos tienen sus técnicas, que parcialmente también se asemejan. Por ejemplo, el interesado suele contar “su” versión de los hechos con el ánimo de exponerse lo menos posible, de salir bien parado. Aunque sea un perfecto simulador y hasta un mendaz, la paciencia y el ojo clínico del profesional sabrán detectar mil pequeños detalles sobre los que no es posible reparar del todo. Son esos insignificantes datos lo que llevan al psicoanalista o al detective a reconstruir la verdadera historia. Pues bien, el sociólogo hace algo parecido cuando analiza las entrevistas, los textos como testimonios de su observación. Para concretar el caso del análisis literario, el argumento de la novela podrá ser retórico, fantasioso, convencional y hasta adocenado. El sociólogo no se interesa tanto por esa trama, digamos intencionada, como por los detalles aparentemente insignificantes. Es a través de esos pequeños datos como se puede reconstruir la vida real que está detrás del argumento dramático. Una vez más, el método condiciona el resultado y aún el objeto de observación. El rastreo de los detalles a través de las historias noveladas nos permite reconstruir la sociedad, pero más bien su parte minúscula y cotidiana. Esta reducción no deja de ser también una ventaja. Resulta que esos aspectos mínimos de vida cotidiana, son los que los historiadores suelen dejar a un lado, al preocuparse más bien de los sujetos epónimos de la época estudiada. El sociólogo acude a rellenar ese hueco con los materiales que resultan de su peculiar lectura de las novelas (Miguel 1995: 19).

Aunque arrima el ascua a su sardina al final de este párrafo y podríamos corregir a don Amando diciendo que podía haber puesto “algunos historiadores” o “los que practican cierto tipo de reconstrucción histórica”, la selección de estas frases está justificada precisamente por la coincidencia con lo que hacen otros tipos de historiadores y por lo que nos lleva a hablar hoy de este tema: el deseo, precisamente, de hablar de esas cosas y rellenar los huecos que la documentación “tradicional” deja.

Esta “nueva” documentación debe ser manejada con ciertas precauciones. Amando de Miguel (1995: 20) nos dice que el argumento interesa menos que los detalles mínimos, los personajes poco y casi nada el estilo.

Desde la perspectiva de la antropología, Alfredo Jiménez (1994) nos ha dado su opinión sobre la literatura y las posibilidades de uso distinto al disfrute.

Y creo que ya no queda más que una categoría: la pura obra literaria como contenido y fuente para la antropología. Es lo que venimos denominando, por identificarlo de algún modo, *etnoliteratura*. Y ha llegado el momento de hacernos preguntas como las siguientes: ¿Qué puede ofrecer la literatura al antropólogo? ¿Qué literatura permitiría un aprovechamiento etnográfico, porque no toda literatura se prestaría a ello y, desde luego, no se prestaría en la misma forma y en el mismo grado? ¿Qué clase de fuente etnográfica es la obra literaria? Son muchos interrogantes para los cuales sólo esbozaré algunas respuestas preliminares ya que la tarea está en sus comienzos y no soy el más indicado para ahondar en ella.

La obra literaria, como las demás artes y la filosofía, puede ser rica en intuiciones; es decir, en respuestas y explicaciones a las que el artista y el filósofo llegan directamente, a veces con brillantez; mientras que a los científicos les cuesta mucho trabajo llegar por el camino de la observación y la encuesta o con experimentos en el laboratorio. En otras palabras, la literatura está llena de información y reflexión sobre la condición humana, sobre el hombre situado en el tiempo y en el espacio, en la interacción con su entorno natural y social. Y todo esto es, precisamente, antropología en sentido muy amplio. Pero tengamos cuidado en no confundir una monografía etnográfica con una novela, que ésta lo más que puede ser es material de análisis para el antropólogo. Si bien debemos tener en cuenta que hay obras literarias que nos dicen más cosas y de mejor manera que algunas de las mejores etnografías cuando de lo que se trata es de meterse en un determinado universo sociocultural y captar y entender lo que allí sucede. Con el mismo razonamiento, y sin dejar de dar a cada cual lo suyo, hay que admitir que la novela histórica tampoco es la historia que hace el historiador. Se trata en ambos casos de oficios distintos (Jiménez 1994: 44).

Continúa don Alfredo comentando distintos tipos de obras literarias, manifestando su inclinación por Cervantes y sus novelas ejemplares, Dickens o Delibes con *Los Santos Inocentes*. Establece varios niveles de relación, siendo el primero el más etnográfico:

Desde este nivel, ¿qué puede ofrecer la literatura a la antropología? Creo que bastante si se sabe buscar, encontrar y leer. Hay muchas y excelentes obras con descripciones precisas, detalladas, de la cultura material (vivienda, útiles caseros y de trabajo, vestido, adorno y otras muchas cosas); también con fiestas y ritos; con la narración de acontecimientos sociales según la costumbre; con exposición de roles y estatus de hombres en todas las edades. En muchos casos, estas descripciones literarias corresponderán a un pasado más o menos lejano, por lo que serán como las etnografías que no pudieron hacer en su momento los antropólogos porque no habían hecho todavía su aparición en el campo de las ciencias sociales; o porque no tuvieron oportunidad de “estar allí” para observar lo que el escritor observó o imaginó. Lo mismo puede decirse de la obra literaria actual, con la ventaja en este caso de que el antropólogo puede hacer de etnógrafo y trasladarse hasta el lugar llevando en la mano el libro desde cuyas páginas el autor literario será informante cualificado.

No olvidemos la fuerza evocadora de la buena literatura, y la relación entre texto literario y texto etnográfico. Al fin y al cabo, el etnógrafo no hace con su monografía sino evocar en nosotros una experiencia y para ello nos lleva, nos transporta, desde nuestro propio lugar a ese otro que está allí, donde él estuvo por algún tiempo. Y para más coincidencias, reparemos en que la monografía etnográfica se está valorando en los últimos años más como texto que transmite la visión del investigador y no tanto como transcripción objetiva, supuestamente aséptica, de una situación social que permite tantas interpretaciones como autores quienes, al fin y a la postre, no cuentan con más instrumental científico que el lenguaje a través del cual se expresan (Jiménez 1994: 45).

El texto de Jiménez es en gran parte una reflexión sobre la antropología en los últimos tiempos y el papel del antropólogo en su concepción. Nos permitimos invertir el orden de sus palabras, para enlazar la última cita con una de las primeras líneas sobre la relación entre antropología y literatura:

En primer lugar, creo conveniente deslindar diversas formas de relación o afinidad entre dos cosas aparentemente tan dispares como una ciencia social y una de las Humanidades; entre una actividad investigadora y el producto de un arte. Está claro que no se trata de una relación como la que existe entre antropología y sociología, o entre antropología e historia, sino del recurso a una fuente rica en conocimiento y experiencia sobre la condición humana.

En un orden ascendente de mayor relación entre antropología y literatura, podemos empezar con algo tan elemental como la etnografía bien escrita; es decir, el texto etnográfico cuya lectura nos hace gozar como si fuera literatura, con independencia de su tema o contenido. Ojalá esto fuera frecuente, pero lo común es lo contrario: el gusto o el mal gusto por abundar en la jerga científica; el escribir como si se estuviera pensando en otro idioma, generalmente el inglés; la introducción de neologismos sin claras señales de nacimiento ni necesidad para ello. Por fortuna, aparece de vez en cuando una etnografía o un ensayo bien escritos, con buen estilo, sin que eso justifique que podamos hablar todavía de literatura (Jiménez 1994: 43).

Volveremos sobre la buena redacción de los estudios, pero ahora debemos recordar que un historiador fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura, ahora hace 100 años. Es momento de enlazar con Manuel de la Fuente:

Yo pienso que la respuesta a la pregunta que hacíamos más arriba no pasa por hacer una Literatura antropológica ni una Etnografía literaria, sino una Antropología desde la Literatura, y siempre para re-hacer su identidad. Estoy hablando de la Etnoliteratura como método antropológico, que no vendría a sustituir a ninguno de los métodos ya conocidos, sino a completar y a profundizar, por ahora, el arco de posibilidades. La Etnoliteratura surge como una variante diferenciable pero no separable (al menos necesariamente) de los otros *modus operandi* del antropólogo; presenta, en nuestra opinión, unos significativos lazos de parentesco con la Etnohistoria, no sólo por la parcial (de parte) identificación nominal —que puede ser algo secundario—, sino porque se origina también en el discurso escrito como herramienta de trabajo, en este caso la experiencia literaria, y, sobre todo, porque de forma semejante a la Etnohistoria, el documento escrito le interesa como exponente de la relación entre el escritor y su invención de la realidad (Fuente 1994: 57).

Algunos años después, y utilizando muchas veces como guía el trabajo citado de Alfredo Jiménez, Manuel de la Fuente amplía sus puntos de vista y tomamos su valoración de la literatura como fuente para la antropología, pues ese valor, sea para la historia, las humanidades, la sociología o la misma antropología, es el tema fundamental de nuestra propia aportación.

La obra literaria es también información secundaria para el antropólogo porque además de afectarle alguna o varias de las circunstancias apuntadas, el escritor tiene la libertad, casi la obligación, de echarle imaginación al asunto, de poner de su parte y

crear. De aquí que no sería legítimo ni prudente llevar más allá de lo justo el paralelismo entre etnohistoria y etnoliteratura, aunque el recurso en ambos casos a los papeles (documentos de archivo, literatura impresa) pueda tener algo de tarea común en cuanto que quien se acerca a ellos en uno y otro caso es un antropólogo.

Dice el profesor Jiménez, en primer lugar, que la literatura es fuente etnográfica e información para el antropólogo, pero de carácter secundario. Con respeto, discrepo de esa valoración en la medida en que el texto literario plantea un espacio no tratado por el etnógrafo-etnólogo y, por consiguiente, puede ser una fuente primaria. Quiero decir que la literatura, o sea, cuando el texto objeto de estudio corresponde verdaderamente a un escribir de lo imaginario, se expresa en un horizonte de *interiores*, en una realidad, a donde no llega la observación participante, y, en ese sentido, aunque en distinto plano, ya digo, representa también una información primaria, *de primer orden*, como, en su caso, la documentación etnohistórica (Fuente 1997: 26-27).

Muchos temas en pocas líneas, pero con dos vertientes destacadas: el uso de la literatura como fuente y la forma literaria de escribir de los científicos sociales. Centrémonos ahora en la Historia.

II EL NUDO

Comencemos por lo que podríamos llamar, parafraseando a Geertz, *el historiador como autor*. La Historia bien escrita, para deleite de lectores y, por ende, de editores y autores. Los libros de Historia como producto de consumo y la reflexión sobre los fines de la investigación y si entre ellos debemos incluir el llegar al máximo de gente posible. Esto tiene que ver con una forma amena de presentar las cosas y que hay demanda, lo podemos constatar precisamente en la abundancia de novelas históricas –buenas, malas y regulares– que existen y la cuantía de sus ventas. Aquí tenemos un primer punto de contacto entre la literatura y la historia: las novelas ambientadas en el pasado, pero su valor como fuente, que es el tema central de esta presentación, es dudoso. Y lo es, precisamente, por la presencia de un círculo cerrado: si el novelista se documenta leyendo trabajos históricos o trabajando como un historiador, ¿cómo puede el historiador hacer uso de sus textos? Claro, que podemos hacer una salvedad: el tipo de datos es el mismo, aunque la presentación sea distinta y el novelista esté exento de la obligación de la cita pormenorizada de sus fuentes, lo que conlleva el riesgo de confundir lo documentado con lo inventado, pero quedan las ideas. Y esa libertad de idear, envidiada a veces por los historiadores –o al menos, por este que escribe– es la que nos puede suministrar material para rellenar, aunque sea a modo de hipótesis, un vacío documental. No olvidemos que una de las razones –quizá la principal en origen– que nos lleva a acudir a la literatura en busca de datos es la parquedad de algunas informaciones en la documentación habitual, y que esa “falta de pruebas” nos conduce a las suposiciones o

la aceptación de “pruebas circunstanciales”. Por poner un ejemplo: el reclutamiento de cargadores por los comerciantes prehispánicos en Mesoamérica dista mucho de estar aclarado, pero una idea interesante fue aportada por un novelista, creador de *best-sellers* y responsable (aunque ignorante de ello) de la vocación de algún conocido mesoamericanista español. Gary Jennings en *Azteca* colocaba la gran rentabilidad de los viajes de Mixtli en que los porteadores eran esclavos que eran vendidos en el punto más distante, mientras que la carga iba cambiando en el transcurso del viaje. A la vuelta se hacía lo mismo. No sabemos hasta qué punto es verosímil, pero es interesante.

Otro punto de vista, y quizá el opuesto a la novela histórica, lo da la ciencia-ficción: no hay datos, ni documentación, pero sigue habiendo ideas. Y esas construcciones sociales del futuro pueden ser muy estimulantes para quienes estudian las del pasado o las del presente. Personalmente, he disfrutado y he aprendido leyendo la serie de la *Fundación* de Isaac Asimov, sobre todo la trilogía original, así como *Los propios dioses*, del mismo autor o *Anochecer* de Isaac Asimov y Robert Silverberg, entre muchas otras obras. Dejo al lector que ejerza de tal y trate de averiguar el porqué.

Vamos a utilizar como puente a las obras que nos sirven de fuente el título de nuestro curso pasado: cuando nos dan gato por liebre. Es decir, obras de ficción que pasan por ser obras históricas o etnográficas, sobre todo este último caso, con ejemplos sonados de los que se habla en los libros de Manuel de la Fuente, y de los que solamente citaré *Las enseñanzas de don Juan*. A veces son errores de librero, como la reiterada colocación con las “fuentes” de la novela *Opotón el Viejo. Crónica del siglo XVI de la expedición azteca a España*, de Avel.í Artís-Gener (Ediciones 29, Barcelona, 1977) que un colega y yo nos hartamos de cambiar a las estanterías de literatura de una conocida librería madrileña, para volverla a encontrar con la historia en la siguiente visita.

También de pasada, citaremos a quien en el transcurso de su investigación cambia y opta por la ficción, como relata de su propio trabajo Tim Knab (*La guerra de los brujos*, Península, Barcelona, 1997). En la cuarta de forros, leemos:

La guerra de los brujos es el relato novelado de una experiencia real. [...] La historia de Timothy J. Knab, aunque verídica, contiene elementos de intriga propios de la ficción, y por eso atrapa al lector desde el principio, al tiempo que sacude su conciencia franqueándole el paso a un mundo que, a pesar de hallarse más allá de nuestra capacidad de percepción, es sin embargo real.

Contrástense estas afirmaciones con la nota que precede al capítulo 1 (p. 9 en mi edición):

Por respeto a la intimidad y las tradiciones de la gente de Sierra de Puebla, se han modificado todos los nombres de persona (salvo el del autor), las relaciones de parentesco y los topónimos, de modo que sean irreconocibles. Se ha alterado el orden de los acontecimientos y variado las localizaciones para ajustarlos al hilo narrativo de la historia y proteger la identidad de los individuos incluidos en la misma. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Nos quedan las ideas. En otra ocasión podremos hablar del compromiso del investigador que se halla tras la decisión de Knab. O del gusto, que también puede estar ahí. Aunque hace tiempo que no recibo una entrega, estoy “enganchado” a una Tesis Doctoral-novela histórica que oficialmente dirijo y en realidad disfruto, pues Pilar decidió hace tiempo que se encontraba más cómoda novelando que historiando.

Y por fin vamos a tratar de la literatura como fuente o de cómo un lector de novelas –fundamentalmente- extrae material histórico de las mismas, lo procesa y lo utiliza. Debo advertir que los ejemplos están tomados de México, por ser mi principal ámbito de investigación, pero eso no excluye una mayor o menor riqueza en otros lugares.

Suscribo dos de las ideas de Amando de Miguel, citadas en el Planteamiento. La primera, la atención a los detalles. Son esas pequeñas cosas que o bien pasan desapercibidas en el proceso de creación-deformación o juegan un papel teóricamente tan insignificante, que son reproducidas tal cual, sin cambios, dando el telón de fondo realista de los relatos. Pero para ello tiene que existir una condición fundamental: la contemporaneidad del autor con los detalles, de forma que estén tan inmersos en su experiencia que se han vuelto casi “simpáticos”, en la acepción anatómica del término. Es el escenario y no la acción lo más útil en estos casos. La segunda: en estos términos nos sirve igual la buena literatura que la mala. Quizá más la mala, pues la menor capacidad de invención parece presuponer una mayor dosis de copia de la realidad.

El rancho nada tenía que llamase la atención. Los ranchos y los indios todos se parecen. Una vereda angosta e intransitable en tiempo de lluvias conducía a una casa baja de adobe, mal pintada de cal, compuesta de una sala comedor, dos recámaras y un cuarto de raya. La cocina estaba en el corral y era de varas secas de árbol, con su techo de yerbas, lo que en el campo se llama una cocina de humo, con sus dos metates, una olla grande vidriada para el nixtamal, dos o tres cedazos para colar el atole y algunos jarros y cántaros. Se guisaba en tres piedras matatenas y el combustible lo ministraban los yerbajos y matorrales que rejuntaba un peón en el cerro.

En el comedor había un tinajero con la vajilla, que se componía de una variedad de platos, vasos, tazas y pocillos de todos tamaños y colores, interpolados con muñecos de cera y naranjas secas, doradas y benditas, restos del monumento del curato del pueblo. En un rincón, un caballete con la silla de lujo del amo, el machete y las armas de agua en la cabeza, y la manga con dragona de terciopelo en los tientos; una mesita de madera blanca bien limpia y media docena de sillas de la calle de la Canoa.

En el corral grande, rodeado de una cerca de adobe y como media vara de polvo y estiércol, que se liquidaba como un puré al primer aguacero, se encontraba un pozo y una pileta, y vagando, sucios, greñudos y muy gordos, dos caballos, media docena de yeguas muy flacas, dos mulas y seis burros con el lomo lleno de coloradas mataduras. [...]

Delante de la fachada de la casa, que tenía tres ventanas con rejas de fierro, bastidores apollillados y cuarterones de papel blanco supliendo los vidrios

rotos, se hallaba un círculo de ladrillos donde se trillaba la cebada y se desgranaba el maíz. Cuatro sauces llorones torcidos, medio secos, adornaban el frente, y en una esquina un alto fresno cayéndose de viejo, sostenido en dos o tres partes con vigas y horcones, y cuyas raíces salían a tierra y habían levantado el enlosado y cuarteado una parte del rayador. Un carretón desbaratado y otro reforzado en sus rayos con líos de mecate, las gallinas y los gallos picoteando los insectos, un burrito, hijo desgraciado de una de las preciosidades del corral, y dos o tres perros amarillos y cascarrientos, lamiéndose unos a otros a falta de comida, formaban el escenario de esta propiedad raíz situada casi a las puertas de la gran capital (Payno 1983: 3).

Y al decir del autor, el propietario, don Espiridión, se consideraba próspero. Sigue la descripción de la vida diaria, pero nosotros nos vamos por otro rumbo, por los lagos de México en el siglo XIX:

Era hija de una trajinera, y esta palabra necesita una especial explicación. Las lagunas del Valle de México y los canales de Chalco, de la Viga y otros, son surcados por embarcaciones, todavía en el estado que tenían cuando Hernán Cortés peleó con sus bergantines en estos sitios pintorescos y memorables. Las chalupas, angostas y largas pueden apenas contener una persona sentada o de pie, remando pero con la condición de guardar perfecto equilibrio, pues el menor movimiento hace volcar la ligerísima embarcación, que parece más bien hecha para regatas. La canoa común es de dos popas planas, de modo que corta el agua y gobierna con dificultad. Sus dimensiones son comunes y sirve para conducir carga. Las trajineras son ya otra cosa, como si dijéramos los navíos de tres puentes de esta primitiva marina. Son muy grandes y anchas. En el centro, y cubiertos con unos toldos de petate, están los camarotes para los pasajeros, que, para dormir con más comodidad, llevan su colchón y su ropa de cama, y salvo los mosquitos, y en unas temporadas el calor y en otras el frío, pueden pasar una noche tan cómoda como en su propia alcoba, atravesar durante la noche el canal y despertar en el muelle; es decir cerca de la plaza principal de la ciudad de Chalco. La popa y la proa de las trajineras vienen cargadas de pilones de azúcar, tercios de panocha y piloncillo, de millares de naranjas y limas y de racimos de plátanos. Como esas producciones son de la tierra caliente, suelen estar acompañadas de alacranes, de mestizos, del fabuloso escorpión y alguna que otra culebra que, buscando calor o leche, si alguna pasajera va amamantando algún chiquillo, le hace compañía toda la noche (Payno 1983: 102-103).

Recientemente en un seminario dedicado al análisis del libro de Juan Pedro Viqueira *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las Luces* (FCE, México, 1987), Javier Villar me comentaba que había echado de menos en la descripción, el juego. Y es cierto, los juegos de azar no habían

sido objeto de la investigación de Viqueira, pero formaban parte de las diversiones de la gente. Payno nos lo deja bien claro:

La famosa pulquería de Xochitl ardía, como suele decirse. Debajo del cobertizo tendió Evaristo un rico jorongo de Saltillo, sacó una baraja y un montón de morralla lisa y pesos falsos, y les puso el monte a los indios y a los rancheros.

Sentados en la banca de piedra, tres ciegos rascaban dos bandolones y un guitarrón, y los valentones ya se acercaban y se ponían en cuclillas alrededor del jorongo de Evaristo y apostaban dinero a puños, recogiendo si ganaban, pesos falsos y moneda lisa; ya taconeaban en unos tabloncillos y haciendo mudanzas, frente a las *inditas de razón* o a las mujeres que habían ido de los pueblos del valle a gozar de la gran feria.

En las calles, luminarias, toritos bailando y echando chispas y cohetes al son de una chirimía y un tamboril.

Pepe Cervantes y Manuel Campero, personas muy correctas y arregladas, se retiraron, y las puertas de la Grande se cerraron a buena hora; pero la Chica quedó a disposición de los amigos de Cervantes.

Don Moisés, con sus *achichincles*, se instaló en el comedor y puso un *burlotito* con oro y plata, no tardando en acudir algunos hombres de a caballo de México y los tenderos y gente riquilla de los pueblos.

Relumbrón se quedó en el pueblo y se instaló en la casa del alcalde donde puso también su *burlote*, al que de preferencia concurren como apuntes los valentones, que era precisamente lo que deseaba.

Don Moisés, seguramente con su baraja mágica, desplumó a todos los apuntes, mientras *Relumbrón* se dejó ganar por el alcalde y los valentones el montón de plata y algunos escuditos que tenía delante.

Se bebió, se bailó y se jugó toda la noche” (Payno 1983: 543-544).

Una fiesta de lo más habitual. Ya en el periodo prehispánico tenían lugar actividades parecidas (ver Rojas 1998) y en la actualidad, la diferencia no es grande (ver Pérez 1998 o acudir a alguna *pachanga*). Y las consecuencias eran las mismas que hoy día, fundamentalmente la veneración a un santo peculiar:

GLORIOSO, MAGNÍFICO, espléndido para los artesanos de México, no tienen durante la semana otra idea, otro pensamiento, otra ilusión. Desde el martes, los días de la semana les parecen una eternidad; y sin embargo trabajan y trabajan, velan y se fatigan, y se cortan las manos con los instrumentos y hacen los más grandes esfuerzos para entregar la obra el sábado o domingo, y todos estos sacrificios, todos estos afanes son porque de llegar tiene el glorioso, el suspirado San Lunes. ¡Quién piensa en el porvenir! ¡A quien le ocurre echar en una alcancía un poco, una mínima parte del jornal para que tenga siquiera qué comer durante tres o cuatro días! ¡Comprar unas enaguas a la mujer buena y fiel que vela por el marido, que le lleva de comer cuando está preso, que sube y

baja llorosa, con su rebozo en los ojos, las escaleras de la Diputación, para conseguir si no hay otro modo, a costa de un momento de olvido la libertad del marido? Ni pensarlo, mucho menos. Los hijos andan sin zapatos, no pueden ir a la escuela porque no hay cuartilla para comprarles en casa de Abadiano un silabario y una tabla de cuentas; el casero toca la puerta, y no hay para pagarle la renta; la accesoria, sin una silla; todo dado al diablo; pero ¡cómo ha de ser de otra manera! Es viernes ya ¡gracias a Dios! San Lunes está cerca, es necesario sacrificarlo todo para este día sagrado que los artesanos mexicanos observan con más exactitud que los musulmanes el Ramadán (Payno 1983: 86).

La costumbre sigue. Y las normativas dictadas para combatirla, como las “leyes secas de fin de semana” sirven para lo mismo que la famosa Ley Seca: para enriquecer a algunos. La lista de los lunes para acudir a la excavación era un auténtico suplicio, anticipado por la programación del trabajo del día, hecha como si fuera a ser posible llevarla a cabo, y modificada religiosamente por el santo del día.

Otros autores como Fernández de Lizardi nos dan también descripciones de la vida diaria en el México citadino y rural del siglo XIX. De hecho, José Lameiras estaba haciendo -y ha debido de terminar ya- su tesis doctoral sobre la visión de los indios en la literatura mexicana del siglo XIX.

El México del siglo XX está documentado por una profusión de novelas y cuentos que describen las haciendas, la revolución, la guerra cristera o los indígenas. Algunos de los autores eran también antropólogos, como Francisco Rojas González, cuyos cuentos fueron llevados al cine con actores sacados de los pueblos (*Raíces* 1953). En sus relatos podemos ver la revancha y la piedad, como en “La venganza de Carlos Mango”, los partos y la manera de establecer el numen protector (“La tona”), las costumbres de los indios lacandones (“El diosero”) o el sistema de justicia de los yaquis (“La triste historia del pascola Cenobio”). Traven también nos ha dejado varios libros de relatos donde los indígenas son protagonistas y en general hacen quedar mal al “gringo”. Del libro *Canasta de cuentos mexicanos* destacamos la forma de negociar de los indios en “Aritmética indígena” o las artimañas de que hacen gala en “Dos burros”. En fin, Rulfo, Zepeda y tantos otros esperan que evaluemos cuánto hay de cierto y cuánto de licencia literaria en sus relatos.

Entre novela y cuento, entre etnografía y literatura, no podemos dejar de referirnos a *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas, donde a través de la vida del protagonista tenemos la petición de mano entre los tzotziles y el sistema de cargos y sus obligaciones.

Dos citas para ilustrar las posibilidades. La primera sobre las mujeres en los ranchos, tomada de Mariano Azuela (1984: 46-47):

En tal medio cayó doña Marcelina, siendo su historia de las más triviales de época. La muchacha del pueblo que gustó al rapaz latrofacioso y que es arrebatada del hogar en cualquier noche orgiástica de aguardiente, de muejres y de sangre. Si algo tenía que agradecer a don Esteban sólo era el que se hubiese prendado de sus cualidades hasta el punto de hacerla su legítima esposa. [...]

En medio de tal negrura discurrían dos vidas dulcemente dolorosas y tristes, la de doña Marcelina, madre abnegada hasta el heroísmo, y la de Refugio, su hija, que poseyendo los rasgos varoniles y fieros de su casta, su gesto altivo y recio continente, llevaba el alma profundamente sencilla y recta de su madre.

Como es de regla en gentes de esta ralea, las mujeres no tenían voz ni voto en su propia casa; su misión era la de contemplar atónitas la grandeza de sus terribles señores, estar prontas a adivinarles sus menores pensamientos y a servirles de rodillas si ellos así lo pedían.

La otra proviene de la organización de México tras la revolución y me impresionó mucho cuando la leí, así que aprovecho la ocasión para reproducirla, pues me parece una perfecta ilustración de las cosas que pasan en la vida. Relata Martín Luis Guzmán en *La sombra del caudillo* como el general Aguirre, pretendiente a la candidatura a la presidencia de la República va a ver a su rival el general Jiménez, cuyas exigencias van subiendo de tono y Aguirre se puso en pie.

La cólera le hinchaba el pecho, le zumbaba en los oídos. A pesar de todo, algo hubo que lo mantuvo inexplicablemente sereno en su aspecto exterior. No fue el enojo, sino la melancolía, lo que le hizo decir:

—Me pides, en resumen, que te entregue a mis amigos, que te los venda a cambio de un poco de cordialidad.

—No sé —contestó el otro—. Yo sólo veo que bajo tu nombre se organiza un movimiento en mi contra, y te pido, si es verdad que estás conmigo, que lo destruyas.

—Pides mucho más de lo que soy capaz de hacer... Dejaremos que los sucesos corran.

Jiménez, sentado aún, añadió:

—Tal vez habría otro medio...

—¿Cuál?

—Que te ausentaras.

—Sí, que huya.

—Que huyas, no; que hagas público que me entregas el campo.

—Y que te abandone a mis partidarios, que los traicione.

—Si no los encabezas, dejarlos no es traicionar.

Aguirre caminaba ya hacia la puerta. Otra vez se detuvo; ofreció una última garantía.

—Si te basta, renunciaré inmediatamente a la Secretaría de Guerra.

—Eso no es nada. Si renunciaras, tus partidarios se sentirían más fuertes... No, no me basta.

—Conformes. Entonces hasta aquí hemos sido amigos.

Y mientras abría la puerta, oyó Aguirre que Hilario Jiménez rectificaba desde su asiento:

—Hasta aquí, no. Va ya para meses que dejamos de serlo.

En el amor y en la amistad, la mayoría hemos sido émulos de Jiménez o de Aguirre. Por mi parte, esta escena, que cierra la segunda parte de la novela me hizo reflexionar sobre la sucesión en el México Prehispánico y el papel que las facciones tuvieron en las conquistas (la azteca y la española, por ejemplo).

III EL DESENLACE

¿Y qué hacemos, pues? Hay para todos los gustos, pero el nuestro está claro. Las obras literarias pueden ser utilizadas como fuente, pero no cualquier obra para cualquier cosa. Los relatos contemporáneos a los hechos que narran son mis preferidos, de la misma manera que en el cine “normal” podemos encontrar información sobre las casas, los coches, la manera de vestir o los electrodomésticos. El trasfondo es lo más fructífero, y la peripecia lo menos, aunque los “tipos” nos puedan ser útiles. Seamos críticos con nuestros datos y no olvidemos que muchas obras consideradas “fuentes” no son más que relatos contruidos por un autor. Y, además, siempre nos quedan las ideas.

BIBLIOGRAFÍA

AZUELA, Mariano (1984 [1958]): *Mala yerba y Esa Sangre* SEP, México.

FUENTE, Manuel de la (1994): "La etnoliteratura como método antropológico", en Fuente (Ed.), 1994: 51-72.

(1997): La Etnoliteratura en el discurso antropológico: los trabajos de la espera. En Fuente y Herмосilla (Eds.), 1997: 9-43.

FUENTE, Manuel de la (Ed.) (1994): *Etnoliteratura. Un nuevo método de análisis en Antropología*. Universidad de Córdoba, Córdoba.

FUENTE, Manuel de la y M^a Ángeles HERMOSILLA (1997): *Etnoliteratura: una antropología de ¿lo imaginario?* Universidad de Córdoba, Córdoba.

JIMÉNEZ, Alfredo (1994): "Fuentes y métodos de la antropología: consideraciones un tanto críticas", en Fuente (Ed.), 1994: 9-49.

MIGUEL, Amando de (1995): *La España de nuestros abuelos. Historia íntima de una época*. Espasa Calpe, Madrid.

PAYNO, MANUEL (1983 [1891]): *Los bandidos de Río Frío*. Ed. Porrúa, México.

PÉREZ, Herón (1997): *México en Fiesta*. El Colegio de Michoacán, Zamora, Mich., México.

ROJAS, JOSÉ LUIS DE (1998): "El calendario festivo azteca". En Pérez 1998: 241-254.